

MIRET MAGDALENA

CRISTIANISMO ANÓNIMO

Los cristianos hemos hecho un descubrimiento; que las etiquetas que nos distinguían de los no-creyentes cada vez se van borrando más. Esa separación radical en que nos manteníamos se va terminando, queramos o no queramos.

Y esto no es que ocurra por afán de tolerancia o indiferencia ideológica, ni tampoco por oportunismo.

No se trata de opinar que cualquier idea es equivalente, como afirmaban los superficiales liberales de hace cincuenta o cien años.

Ni mucho menos es que queramos un nuevo subterfugio ante la dificultad de atraer a esa gran masa de hombres y mujeres que se nos van de las filas cristianas. Creen algunos que nuestra actitud es como si dijésemos: «Puesto que no te puedo convencer, te considero como igual a mí, y así —quieras o no— eres de los míos».

El problema es justamente a la inversa: no es que yo te diga —a ti, que no eres creyente— que estás muy cerca de mí, sino todo lo contrario, que yo estoy muy cerca de ti.

Eso es lo que dos conocidos teólogos y peritos conciliares han dicho: el holandés Schillebeeckx, O. P., y el germano Karl Rahner, S. J.

Existe un **cristianismo anónimo**, un cristianismo que se ignora, o que incluso rechaza esta explicación que damos de él los creyentes. Pero, para nosotros, hemos de decirlo con toda sinceridad, es así.

Y no sólo estos dos escritores católicos lo han afirmado, sino otros muchos pensadores y teólogos —de las más diversas tendencias— lo habían dicho antes, incluso siguiendo la más conservadora y tradicional línea doctrinal, como el famoso profesor romano Padre Garrigou-Lagrange, O. P.

Por eso choca que se sustente todavía entre los católicos que sin testimonio manifiesto de Cristo nadie tiene fe; que no se quiera reconocer que, al menos, tienen los apartados de la Iglesia —si son auténticos— una fe implícita.

Porque me pregunto —siguiendo la línea tradicional—: ¿Es que para salvarse no es necesaria la fe? ¿Es que los teólogos no nos han descubierto —hoy ya con toda claridad— que la fe que se necesita como mínimo no tiene que ser explícita, sino implícita? ¿Y que no se precisan imprescindiblemente para salvarse, según los más tradicionales, más verdades que la de reconocer —más o menos confusamente— que Dios es justo con los que le buscan, como dice San Pablo? ¿O es que el Concilio Vaticano II no afirma, incluso más claramente todavía, que Dios está cerca de quienes «buscan en sombras e imágenes al Dios desconocido», y que estos hombres que «no han llegado todavía a un conocimiento expreso de Dios» se salvarán si «se esfuerzan en llevar una vida recta, que no puede ser ajena a la gracia de Dios»?

¿No es eso el espaldarazo —con otras palabras equivalentes— a esta idea del **cristianismo anónimo** que descubre la teología actual en muchos hombres de buena fe, que no son católicos y ni siquiera religiosos?

Hace ya años leí un relato significativo, lo contaba el Padre Garrigou-Lagrange, O. P., en su libro «El Salvador y su amor por nosotros».

Este francés, aclimatado en Roma, profesor del Lateranense, cuando iba en el tranvía se fijaba en esos obreros apartados de la religión y que, sin embargo, eran excelentes personas, preocupados de sus familias y de una mayor justicia para sus compañeros de trabajo.

Al contemplar ese espectáculo, una espontánea reflexión le venía a este teólogo, a pesar de la temible rigidez de su pensar: «Viven —estos hombres— con el pensamiento del bien, y confusamente del pensamiento de Dios, mediante una fe que

necesitaría ser iluminada, pero que es —sin embargo— como la pupila del ojo de sus inteligencias... Dios está oculto en el fondo de sus corazones y los atrae a sí con luces y gracias acomodadas a su condición: estos hombres caminan a su manera hacia la vida eterna». Y la razón profunda alegada por este tomista es que cuando el «hombre ama verdadera y eficazmente el bien más que a sí mismo... no es posible que lo haga sin la gracia regeneradora», aunque nosotros le clasificamos externamente como incrédulo.

Eso es decir, muchos años antes que los **avanzados** Rahner y Schillebeeckx, exactamente lo mismo. Que el cristianismo está existencialmente mejor representado en muchos que llevan el marchamo de no-creyentes que en los oficialmente creyentes, porque viven más cerca del Dios verdadero, aunque lo desconozcan en sus ideas y conceptos.

En el siglo XVI había dicho lo mismo otro gran pensador católico, el cardenal De Lugo: «Dios da suficiente luz para salvarse a toda alma que llega al uso de razón... Las diversas escuelas filosóficas y comunidades religiosas de la humanidad comunican una parte de la verdad... y la gracia divina alimenta y salva el alma, bajo la envoltura de estos elementos de verdad». («Sobre la fe», secc. XIX.)

Un marxista, un agnóstico, un no-creyente que viva los elementos de verdad que le da su propia ideología, y que sea sincero y auténtico, vive bajo la influencia real de Dios: es un cristiano anónimo que está cerca de Él.

«Allí donde existe un sentido cierto de la justicia, de la verdad y, sobre todo, de la verdadera fraternidad, Dios está presente». (E. Schillebeeckx, O. P., «Le monde et l'Eglise», III.)

«La **religiosidad anónima** puede adoptar formas que se presentan veladas. Y cuando hay un apartamiento total de la Iglesia, pero se aceptan los valores objetivos, e incluso lucha uno por ellos, se vive —sin saberlo— una auténtica vida religiosa».

Porque «batirse por un mundo mejor no tiene ningún sentido sin una fe, que es implícita, en la salvación absoluta de la persona, aunque, ideológicamente, se negase esto». (Idem.)

El predicador de Notre Dame de París, padre Riquet, S. J., el canónigo Thellier de Poncheville y el teólogo italiano Padre Spiazzi, O. P., pensaron de la misma manera ya hace años.

«Quien practica el bien, el bien total, en todas sus dimensiones, con constancia, ya se adhiere a Cristo, ya está movido por la gracia». (R. M. Spiazzi, O. P., «Esencia y contemporaneidad de la Iglesia».)

Y uno de los primeros pensadores cristianos, San Justino, decía que «hay más cristianos de los que se cree». Porque «para él, Sócrates era cristiano, como lo era también Séneca para San Agustín, y para Santo Tomás el centurión Cornelio, por razón de una fe implícita». (Padre Sertillanges, O. P., «Catecismo de los Incrédulos».)

Habría que volver a distinguir algo más profundo que lo que nos divide por fuera, en el mundo de hoy, a creyentes y a no-creyentes. Y habría que decir que hay muchos que son cristianos en su existencia, que no llevan, ni quieren llevar, este nombre por causa nuestra, porque nosotros se lo hemos hecho abortecer con nuestras pequeñeces, interpretaciones raquíticas y mezquindades. Como tendríamos que decir también que hay, a veces, pocos cristianos en su existencia, sobre todo entre los que se empujan unos a otros por llevar el nombre y se enorgullecen vanamente de ello.

No pretendo con eso —como no pretende el recto y profundo Rahner— un acercamiento de consolación al no-creyente que no quiere estar entre los míos. Sino todo lo contrario, un reconocimiento del elemento profundo de autenticidad cristiana vital que tiene y de la necesidad que tengo de reconocerlo y de tomar hasta ejemplo de él, porque es más cristiano —aunque no se lo llame— que yo, en muchas ocasiones.